



www.loqueleo.es

© Del texto: 2025, Marina Tena Tena

Representada por Tormenta www.tormentallibros.com

Diseño de cubierta: Inés Pérez García

© De esta edición:

2025, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana

Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-563-8

Depósito legal: M-4014-2025

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: mayo de 2025



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

MARINA TENA TENA

Sangre
Real

loqueleg



EIRA

SCATHAN

MAKALIA

PENÍNSULA
DE ROA

NAGAEA

BELIRIA



EIRLYS

CERUNNOS

HALAZ

BILLA

ISLAS DE
ARNE

MUIRNE

PINTIA

*A Laura y a Lorena,
por dejar que convierta a vuestras
princesas favoritas en villanas.*

Prólogo

9

Las campanas repican y el mundo entero se detiene. Solo un instante; al siguiente la tensión se vuelve caos, las calles burbujan y Bridgid me agarra con fuerza la muñeca y tira de mí para obligarme a correr tras ella.

—¡Es algo grande! Shirlee, ¡ha pasado algo importante!

No le digo que me duele el brazo porque ayer me pasé el día entrenando con mi padre. Cacey me obligaba a defenderme de golpes una y otra vez, con una mano atada a la espalda. Por eso llevo una camisa larga, pese al calor, y todos mis músculos protestan cuando me dejo arrastrar por la carrera de Bridgid.

Sé lo que está pensando. Cómo no, si siempre habla de lo mismo y siempre me parte el corazón que lo haga. El hijo del barón tiene mis años. Una estación más, así que él ha dado ya diecisiete vueltas al sol. No importa las veces que le diga a Bridgid que es un amor imposible, o que no es amor en absoluto, porque solo es un desconocido elegante que ni siquiera llega a ser guapo. Es como si ella hubiera decidido que es de vital importancia enamorarse de él, suspirar por él e imaginar en voz alta una imposible vida de ensueño a su lado.

Es ella quien va en cabeza, pero también quien se queda sin aliento antes. Mis piernas son más largas y están muy

acostumbradas al ejercicio. Largas marchas, jornadas de caza, carreras al alba y las innumerables pruebas a las que me somete Cacey... Aparto el pensamiento y ahora soy yo la que tira de ella, aunque no tenga prisa por llegar a ninguna parte.

10 Acomodo mi ritmo al suyo, con la trenza marcando el paso contra mi espalda. Me alegro de llevar el pelo recogido. Me empeño en dejármelo mucho más largo de lo que es práctico. Sé que es absurdo. Ni siquiera lo tengo de un color bonito como Bridgid: su cabello al sol brilla como si fuera cobre. El mío es simplemente largo, del color de la arena mojada y con ondas desganadas. No suelo llevarlo suelto. Me resulta tranquilizante hacerme trenzar o peinármelo. Sentir que lo tengo bajo control.

Necesito sentir que tengo algo bajo control.

—¿Crees... que se ha prometido? —pregunta con las mejillas rojas y la respiración entrecortada.

«Ojalá», pienso.

Sé que habla del joven noble del que se ha encaprichado. Bridgid siempre se enamora fugaz y apasionadamente. Su corazón se rompe y se reconstruye a una velocidad que es difícil de seguir.

—No lo sé —respondo.

—Creo que me voy a desmayar si se ha prometido —jadea, bajando el ritmo hasta detenerse y agachándose para recuperar la respiración—. ¿Cómo estoy?

El brillo del sudor le ilumina la frente. Tiene una boca pequeña, de labios siempre rojos, y la mirada dulce en un rostro redondo. Es bastante más baja que yo, de piel blanca y caderas anchas. Es preciosa, pero, en vez de contestar eso, pongo los ojos en blanco.

—Como siempre.

Y ella se ríe como si supiera lo que no me atrevo a decir en voz alta. Solo me suelta un momento que aprovecha para agarrarme mejor del brazo con una de sus pequeñas manos de costurera, hecha a los movimientos precisos y rápidos.

Giramos por un callejón retorcido y las campanas resuenan con más fuerza. El estruendo se vuelve insoportable cuando llegamos a la plaza, abarrotada de gente.

—Vamos a acercarnos más. Quiero saber lo que dicen. No te alejes de mí, por si el dolor me hace perder el sentido.

11

Bufo, pero le hago caso. Estar con ella siempre tiene un toque agrídulce. Me encantaría que estas preocupaciones fueran las más importantes. Y puedo fingir que lo son y casi olvidarme de las mías durante unos instantes.

Pero nunca logro emocionarme como ella, reír como ella, amar como ella. Solo juego a pertenecer a su mundo. El mío es mucho más afilado.

No tiene por qué saberlo.

—Sea lo que sea, espero que no dure mucho —murmuro—. Mi padre me ha dicho que tenemos que cenar temprano.

—Tu «padre» —repite, echando hacia atrás la cabeza. Y, a pesar de que le falta el aire, logra imprimir un tono de burla a las palabras.

Se me tensa la mandíbula, pero no digo nada. Ni siquiera tenía que haber compartido ese secreto con Bridgid. Nunca había visto a Cacey más enfadado que cuando supo que se lo había dicho. Ni siquiera tuvo que averiguarlo, me lo notó en la cara.

Cacey no es mi padre. No por sangre, al menos. Yo sí que le considero así. A lo mejor porque no tengo más familia.

A lo mejor porque le quiero como se quiere a los padres, o como imagino que se quiere a los padres. A lo mejor porque sé que él también me quiere a mí, por duro que pueda llegar a ser conmigo.

El problema es que las dos personas más importantes de mi vida no se soportan. Resulta agotador sentir que hago equilibrios para no perderlos ni perderme a mí.

12 No le conté nada más a Bridgid, nada importante, pero ella intuye lo duro que puede ser conmigo y me habló de irme de casa. «Podrías vivir conmigo y mi familia. Mis padres seguro que te acogen encantados, ¡siempre te ponen de ejemplo para hablar de lo trabajadora que eres!».

Cacey también ha tratado de alejarme de Bridgid. No la considera una amenaza, es de mí de quien no se fía cuando estoy a su lado. Piensa que me nubla el juicio y no sé si le falta razón o lo veo todo más claro cuando paso mucho tiempo con ella. Bridgid es la única razón por la que soy capaz de plantarle cara o de negarme a algo.

No voy a renunciar a ninguno de los dos, aunque cada día se vuelva más complicado.

No es que Cacey sea un tirano, es todo lo estricto que puede ser un padre y todo lo duro que puede ser un mentor. Insiste en prepararme como si tuviera que hacer frente a un ejército, como si tuviera que infiltrarme en la corte o asesinar a un noble del rango más alto. Y los secretos..., los secretos que me separan del mundo, incluso de Bridgid, pesan como cadenas de las que no puedo desprenderme.

No me deja compartir con nadie que me ha enseñado a hablar todos los idiomas del reino de Nagea. Ni siquiera me permite usarlos para ayudar a los viajeros que lleguen al mercado. Nuestros entrenamientos son al alba o de

madrugada. Estoy acostumbrada a correr bajo la luz de la luna o encajar golpes y estar siempre alerta. Y, por supuesto, nunca he hablado a nadie de las pruebas. Solo con pensar en ellas, el frío empieza a palpar desde el pecho. Incluso mi nombre cambia cuando estamos a solas.

—Shirlee es tu nombre seguro —me decía ya cuando era tan pequeña que él me parecía un gigante—. Pero no olvides que tenías otro cuando te encontré. Un nombre secreto. ¿Cuál es?

—Rihannon.

Me gustaba mucho menos que Shirlee. A lo mejor porque no sabía nada de los desconocidos que lo habían bordado en una manta en la que me envolvieron antes de abandonarme.

Cacey tenía que inclinarse para mirarme con solemnidad. Siempre he sido capaz de ver el cariño en la comisura de sus ojos, por severa que sea su expresión. Eso es lo que me impide odiarle, incluso después de las peores pruebas. Saber que me quiere. Sentir que le importo más que nadie.

—Rihannon es un nombre solo para nosotros. No lo olvides, pero tampoco se lo digas a nadie.

No lo hice. Tenía miedo de que mi primera familia me reclamara si me llamaban por ese nombre. No sé nada de esa gente que me abandonó al lado del camino. Lo único que Cacey ha dicho, sin mirarme a los ojos, es que estaba claro que querían que me encontraran. Supongo que tengo que dar las gracias por que mis padres fueran desalmados, pero no asesinos.

Cacey también guarda muchos secretos de sí mismo. Durante un tiempo, cuando era más pequeña, llegué a pensar que él era la mismísima Sombra: el primer caballero de

la reina, que gobierna con ella y mantiene en secreto su nombre y su rostro para asegurarse de que puede infiltrarse en todas partes. Es absurdo, claro; por mucha formación que tenga Cacey, y aunque sus habilidades puedan compararse a las de la Sombra, nunca pasaría dieciséis años alejado de la reina, convirtiéndose a una niña en una guerrera con un nombre que no puede revelar a nadie.

14 En realidad, me siento más Shirlee que Rihannon. Prefiero el nombre que él me ha dado que el que eligió una familia que no conozco. Pero es mi nombre en nuestra casa. Solo en nuestra casa y siempre envuelto en la advertencia, por más años que pasen, como si fuera un ritual. Lo único es que ahora añade, con una mal disimulada mueca de disgusto: «Ni siquiera a Bridgid. Especialmente no a Bridgid».

Habla de ella como si bastara una palabra de mi amiga para hacerme perder la cordura y que me arrodillara a su lado.

Es difícil decir cómo quiero a Bridgid. De todas las formas, supongo. Me gusta estar cerca cuando ríe y no me canso de escucharla. Podemos discutir de las cosas más absurdas y debatir sobre imposibles hasta que el sol se pierde en el cielo. Bridgid hace del mundo un sitio cálido cada vez que sonrío. Conozco todos sus sueños y sus secretos. Confía en mí a corazón abierto. Por eso me pregunto si ha logrado olvidar que estuve a punto de matarla.

A nuestro lado, un grupo de chicos lanza miradas a mi amiga y se aproximan más de lo que marca la educación. Alzo la barbilla y, sin decirle nada, me coloco entre ella y los chicos, que disimulan un gesto de fastidio. Soy lo bastante alta, lo bastante seria o lo bastante poco interesante para hacer que dejen de molestarnos.

Bridgid nos ha ido acercando a las escaleras del templo. De los cinco dioses, es Vida quien protege este pueblo. El templo acoge ofrendas en su honor y guarda las reuniones importantes de los regentes del pueblo. También es aquí donde celebramos las festividades o, como en este caso, donde se dan las noticias más importantes.

Cuando el eco de las últimas campanadas se pierde, es Acelot, uno de los emisarios del conde, quien sale del templo. La familia que regenta esta zona tiene su residencia de verano en nuestro pueblo, pero pasan la mayor parte del año en la ciudad, así que no es extraño que no sean ellos, sino sus representantes, quienes nos informen. Pasan aquí el tiempo justo para que Bridgid alimente sus fantasías con ese chico moreno de pelo negro y hombros estrechos.

Mi amiga me aprieta la mano con más fuerza, pero alguien llama mi atención en una de las esquinas del templo: Cacey, vestido de oscuro y con los brazos cruzados. Conozco lo bastante bien al hombre al que considero mi padre para notar la tensión casi imperceptible en su frente. Es el único que no mira a Acelot. Su mirada está fija en mí y siento que el corazón me pesa, que la temperatura desciende.

No es raro que esté aquí, aunque su mirada me inquieta. ¿Presiente algo malo? Examino el ambiente, tratando de averiguar dónde está la amenaza, pero no llega. No parece haber peligro y a lo mejor son solo mis nervios, acostumbrados a estar siempre alerta.

—¿Shirlee? —Bridgid tira de mi brazo.

El ambiente de la plaza sigue bullicioso, lleno de curiosidad y aparentemente inofensivo. Resoplo y vuelvo a mirar a Cacey. No se ha movido. En su rostro hay un amago de sonrisa. Frunzo el ceño.

—¡Shirlee!

La voz de mi amiga me sacude. Relajo la expresión antes de girarme hacia ella. Se me da bien actuar, así que incluso me permito un guiño de burla:

—¿Crees que se casará con esa doncella con la que bailó en las fiestas de verano? —pregunto, solo para provocarla.

Bridgid resopla y me golpea en un brazo con la mano libre. Estamos muy juntas, muy quietas, expectantes mientras Acelot se prepara para hablar. Cuando al fin lo hace, no da rodeos:

—La reina ha muerto —anuncia, y el murmullo entre la multitud se torna lamento—. Nuestra amada Morgana ha encontrado el descanso esta noche. Su majestad ha retornado a la casa celestial, junto con sus padres, nuestros dioses. Lloramos su partida, pero los eternos no nos dejan nunca sin una luz que nos guíe.

—Eso quiere decir que aún puedo ser la próxima baronesa —me susurra Bridgid, y tengo que contener una sonrisa.

Le pellizco suavemente la piel del brazo.

—No seas tan irreverente —murmuro en un tono que no pretende ser demasiado serio.

—Los reyes y los dioses se encargan de reinar y otras cosas profundas y gloriosas —cuchichea en respuesta—. Pero yo soy solo una chica sencilla que sueña con enamorarse. ¿Qué hay de malo?

Le golpeo suavemente con la bota. Aunque hay lamentos, Bridgid no es la única que no se esfuerza en parecer afectada. A los reyes no se les quiere, se les venera. La multitud no llora con dolor, solo expresa respeto por la reina.

—No puedo creer que la reina haya muerto tan j...
—suspira una anciana delante de nosotras—. ¡Ha sido siempre tan justa!

Y es verdad que era justa, pero en cuanto a joven... Nuestra reina era muy mayor. Y, como todos los reyes, desciende de los dioses, aunque ni siquiera ellos viven más de una vida humana. Eso no los hace menos extraordinarios. Tienen temperamento calmado y una sabiduría sobrenatural, porque los príncipes son los únicos mortales que pueden entrar en el reino de los inmortales y volver. Son muy pequeños al irse, apenas empiezan a caminar. Regresan, listos para reinar, cuando les llega la hora de hacerlo.

17

Acelot espera a que la multitud guarde silencio de nuevo antes de seguir hablando:

—Guardaremos luto por la reina Morgana y honraremos con fastos su memoria y su paso por nuestro mundo. Su tiempo y su sabio gobierno. Guardaremos duelo, pero el trono no quedará vacante: el rey consorte asumirá el cargo hasta que la princesa regrese a palacio, preparada para guiarnos.

—Mi madre dice que las puertas al reino de los inmortales están en los Páramos Helados —susurra Bridgid, poniéndose de puntillas para llegar con los labios a mi oído. El lazo rojo que lleva en el pelo me hace cosquillas en el cuello—. Que por eso el viaje es tan largo. Si no me caso con el hijo del barón, viajaré hasta allí e intentaré entrar.

—Caerías fulminada antes de poner un solo pie dentro —respondo con un encogimiento de hombros—. A no ser que escondas sangre de dioses.

—Escondo muchos secretos. —Me lanza una sonrisa ufana antes de separarse.

Con el rabillo del ojo veo que Cacey sigue quieto: una sombra larga de rostro tenso y brazos cruzados. Acelot ha hecho una pausa, y ahora eleva la voz de nuevo:

—Morgana nos deja, pero su legado continúa. Los dioses están con nosotros y la princesa ya está en camino. —Y, entonces, por primera vez y tal y como marca la tradición, se desvela lo que la multitud aguarda expectante: el nombre de la próxima reina—: ¡Larga vida a Rihannon!

18

El ruido a mi alrededor queda amortiguado. Tengo la sensación de que el suelo bajo mis pies cruje, se rompe y me devora. Me sumerjo en algo más denso que el agua y más frío que el hielo. La plaza se mueve, se agita. Todo parece lejano. Escucho el ruido por encima del zumbido en mis oídos. El grupo de chicos, la anciana de delante, la multitud entera y Bridgid, con la sonrisa en los labios. Todos alzan la voz y pronuncian mi nombre:

—¡Larga vida a Rihannon!

Todos menos Cacey, que nunca ha tenido una sonrisa más sombría ni una sombra más alargada.